
Las relaciones entre Estados Unidos y América Latina en el contexto del nuevo orden económico y geopolítico internacional*

Lucrecia Lozano**

El escenario internacional

El mundo vive actualmente una época de extensos y profundos cambios. Las transformaciones tecnológicas y su impacto en los procesos productivos y en la economía mundial se despliegan simultáneamente con transiciones políticas que alteran el mapa geopolítico internacional. Estos movimientos transcurren, además, a la par de la más profunda reestructuración de la sociedad humana desde que tuviera lugar, hace más de doscientos años, el surgimiento y difusión de la moderna sociedad industrial.

Los progresos operados en la informática y las telecomunicaciones permiten enlazar de forma automática lo mismo a decisiones de orden económico y transacciones productivas, comerciales y financieras, que eventos acontecidos a miles de kilómetros de distancia, generando un movimiento que ahonda ineludiblemente los vínculos entre Estados, pueblos y culturas. Estos avances han dado lugar a un proceso de creciente *interdependencia global y multidimensional* —económica, política, ecológica, etcétera— que obliga no sólo a reflexionar sobre el futuro de la forma de organización política del Estado-na-

* Ponencia presentada en la Mesa Redonda "Las relaciones culturales Norte-Sur. Visión latinoamericana" en el *VI Encuentro de Ciencias Sociales. México-Estados Unidos: Perspectivas Culturales*, organizado por la Universidad de Guadalajara durante la VI Feria Internacional del Libro de Guadalajara, del 28 de noviembre al 6 de diciembre de 1992.

** Profesora del Centro de Estudios Latinoamericanos, FCPYS, UNAM y del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM).

ción —entidad histórica progresivamente rebasada en su estructuración y alcances por la difusión de procedimientos y de organismos internacionales (como la empresa transnacional)—, sino también a cuestionar el destino de la práctica política de la soberanía, tal y como la hemos concebido tradicionalmente,¹ y a percibir el mundo como una gran "aldea global" —un "mundo sin fronteras"—, en cuyo seno las expresiones de las culturas nacionales se subsumen tendencialmente en una cultura de alcances igualmente globales.

Así las cosas, el actual panorama internacional ofrece no sólo un rico universo de problemas y retos para el análisis intelectual y la acción práctica sino también un horizonte complejo e incierto.

En la idea de sistematizar los problemas anteriormente enumerados cabría preguntarse: ¿cuáles son los rasgos fundamentales que caracterizan al escenario internacional en el ámbito económico y en la esfera de las relaciones de poder mundiales en el arranque de la década de los noventa?

En lo económico

El ámbito internacional se caracteriza por la expansión de la *economía de mercado* a nivel mundial, una vez que las economías centralmente planificadas de la exUnión Soviética y los países de Europa oriental

¹ "Nuestra definición aceptada de los límites de soberanía nacional, que coincide con las fronteras nacionales, es obsoleto" afirma Jessica Tuchman Mathews en su artículo "Para redefinir la seguridad", publicado en *Foreign Affairs*, vol. 68, núm. 2, primavera de 1989. Sobre esta

fracasaran no sólo como alternativa productiva frente a occidente, sino también como opción para dar respuesta a los problemas de la producción agrícola, la demanda flexible y la diversificación del consumo en sus respectivas sociedades.

Esta generalización de la economía de mercado se despliega, además, de manera simultánea con los procesos de *globalización y regionalización* económica y comercial, tendencias que plantean múltiples interrogantes en la actualidad. Los especialistas se cuestionan si la regionalización —que se expresa en la conformación de bloques comerciales y económicos constituidos tanto por países (Cuenca del Pacífico y *North America Free Trade Agreement*) como por conglomerados estatales (Comunidad Económica Europea, CEE)— es una etapa de la globalización y consecuencia necesaria de ésta, o si más bien se trata de un fenómeno gestado en ésta pero que puede adquirir una dinámica propia cuyos alcances desaten contradicciones con el multilateralismo intrínseco al proceso globalizador al generar posiciones proteccionistas al interior de los bloques.

Sería aventurado precisar el rumbo que tomará este proceso, si bien han resurgido al interior de los países desarrollados tendencias proteccionistas que hasta hace poco se antojaban superadas. Lo que sí es posible afirmar es que tanto en la configuración de los bloques y regiones comerciales y económicas como en el avance del proceso de globalización, son los países industrializados las fuerzas impulsoras dominantes.

Nos enfrentamos, igualmente, a una radical transformación de las relaciones de poder a nivel internacional: el poder militar se relativiza en el mundo de la posguerra fría, en tanto que la economía y el poder derivado de ésta adquieren una importancia y significación inusitadas. La *geoconomía*, señalan los expertos, desplaza rápidamente a la *geopolítica* en esta última década del siglo XX.

Por otra parte, los avances científicos y tecnológicos y la revolución productiva ligada a éstos remodelan las relaciones económicas mundiales.

Somos testigos, y también partícipes, de la gestación de una nueva división internacional del trabajo,

reflexión ver también Hilbourne Watson, *Recent Global Developments and their Implications for the Caribbean*, Ponencia presentada en la 3a. Reunión del Grupo de Trabajo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Quintana Roo, México, del 26 enero al 1o de febrero de 1991.

estructurada con base en la llamada Tercera Revolución Industrial. En ella, la producción de las industrias de alta tecnología —entre las que destacan la microelectrónica, la producción de nuevos materiales, la informática, la biotecnología y la ingeniería genética— se concentra en las economías más desarrolladas del orbe, las cuales, a su vez, mantienen el monopolio y son vanguardia del conocimiento científico y sus aplicaciones tecnológicas en virtud de los altos niveles de inversión que —en comparación con las naciones en vías de desarrollo— llevan a cabo en las actividades de investigación y desarrollo.

Las ramas industriales que en el ciclo anterior constituyeron el núcleo de la acumulación de capital: la producción automotriz y la siderurgia, han perdido su importancia como agentes dinamizadores de la actividad económica para ser desplazadas por nuevas industrias, denominadas “de alta tecnología” o “científicamente avanzadas”.

Por una parte, los avances tecnológicos y el desarrollo de nuevos materiales ha dado lugar a una “desmaterialización” creciente de la producción y, por ende, a una demanda y uso decrecientes de insumos materiales por unidad de producto en las llamadas “industrias de punta”: el requerimiento de materias primas, por ejemplo, “responde a un máximo de 3 por ciento en un *microchip* semiconductor, contra un 40 por ciento en un vehículo automotor”.² Por otra, a la par de este proceso en el que el ciclo de acumulación de capital depende cada vez menos de la intensidad de los recursos naturales, tiene lugar una gradual sustitución de la producción intensiva en mano de obra por la producción intensiva en conocimiento o saber.³

Las propias estructuras de producción y comercio internacionales están cambiando más rápidamente que nunca: con los productos agrícolas y las materias primas perdiendo su valor relativo, con la “producción” industrial desacoplándose del “empleo” industrial, con los

² Ruy Mauro Marini, *América Latina en la encrucijada*, ponencia presentada en el Encuentro Internacional de Latinoamericanistas “América Latina a fines del Siglo XX”, XXX Aniversario del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, México, septiembre de 1990, p. 5.

³ Citando el trabajo de P.F. Drucker, “La economía mundial transformada”, Marini señala que “En el costo total de un *microchip*, el gasto en mano de obra incide un 12 por ciento frente a 70 por ciento de gasto en saber” *vid. Ibid.*

artículos de conocimiento intensivo dominando en todas las sociedades avanzadas y con las corrientes mundiales de capital despegándose cada vez más de las pautas comerciales.⁴

Bajo este panorama, los países en vías de desarrollo son objeto de una marginalización creciente, tanto por lo que toca a su papel subordinado en la nueva división del trabajo, que profundiza las diferencias en un mundo ya de por sí estructuralmente polarizado, como por el deterioro de su posición externa y el comportamiento de los flujos de capitales que en el plano internacional “están mostrando una centralización del capital mundial en favor de los grandes centros”⁵ industrializados. Tal movimiento se expresa también en una pérdida de capitales foráneos para que los países dependientes puedan reactivar y reformar sus procesos de acumulación. En esta apreciación habría que añadir de otra parte, la transferencia neta de recursos financieros que ha tenido lugar en la última década desde las economías en desarrollo —particularmente América Latina— hacia los países industriales.

En lo político

Aunque el fin de la Guerra Fría, tras la desaparición del bloque socialista en 1989 y la desintegración de la URSS en 1991, pone término a la confrontación estratégica Este-Oeste que determinó la dinámica de las relaciones internacionales en los últimos 45 años, también abre un escenario internacional cargado de incertidumbre respecto al perfil que asumirán las nuevas relaciones mundiales de la posguerra fría.

Más que hablar de un nuevo orden mundial habría que referirse hoy en día a la existencia de un sistema internacional en transición, en el cual las dos superpotencias del periodo anterior —la URSS y Estados Unidos— han dejado de ser, o están dejando de ser, los ejes articuladores del sistema internacional: la primera porque ya no existe más, y el segundo porque transita —paradójicamente en el momento en que su rival estratégico desaparece— por un proceso de erosión de su liderazgo económico mundial que ha llevado a no pocos especialistas a caracte-

rizar la presente coyuntura como el inicio de la era de la poshegemonía estadounidense.

El hueco dejado por la desaparición de la competencia estratégica entre las grandes potencias está siendo llenado por la proliferación de conflictos regionales. De otra parte, el marco de previsibilidad política que existió bajo la bipolaridad⁶ se ve alterado, una vez eclipsada ésta, por la acelerada irrupción de reivindicaciones étnicas y nacionales y por la sorpresiva emergencia de enfrentamientos de tipo cultural y religioso. En el escenario europeo, por ejemplo, las crisis derivadas de estos fenómenos amenazan con rebasar las fronteras de los países que las contienen al dar lugar a masivos flujos migratorios. Los antagonismos étnicos, la difusión de reivindicaciones nacionales y las guerras civiles han modificado el mapa político y territorial de Europa: a partir de 1990 han desaparecido en este continente entidades estatales constituidas a lo largo del presente siglo.

El fin de la bipolaridad sanciona también un panorama internacional más complejo, en el que destacan dos realidades: 1. La convivencia contradictoria entre una *unipolaridad militar*, asentada en el poderío bélico estadounidense, y una *multipolaridad económica* distribuida entre Japón, la Comunidad Económica Europea y Estados Unidos, y 2. La prevalencia de un *eje ideológico dominante*, fincado en las concepciones del libre mercado en lo económico y de la democracia liberal en lo político.

Sin duda, la gran paradoja de la presente coyuntura histórica es el hecho de que la *desintegración política* —proceso que pareciera ser uno de los rasgos fundamentales del momento europeo— va de la

⁶ Los conflictos actuales pueden ser difíciles de contener en la medida en que “los patrones locales se someten menos a los antiguos patrones de las superpotencias”, asienta un documento de *Diálogo Interamericano* emitido en 1991. De acuerdo con esta visión, la Guerra Fría garantizó un marco estratégico en el cual se englobaron los conflictos de la posguerra: “Mientras más el comunismo y la Unión Soviética competían con la democracia occidental como un camino alternativo hacia el futuro, en lugar de por el mismo futuro, más asegurada estaba la paz”, señala Jacques Attali, presidente del Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo (citado por *El Economista*, México, 26 de noviembre de 1991). El politólogo estadounidense Samuel Huntington, por su parte, afirma que bajo la Guerra Fría prevaleció la estabilidad y la previsibilidad sobre las sorpresas diplomáticas o las relaciones cambiantes y ambivalentes y que en la configuración de un nuevo orden proliferarán los antagonismos étnicos, nacionales, religiosos y culturales. Vid. Samuel Huntington, “Los nuevos intereses estratégicos de Estados Unidos”, en *Ciencia Política. Revista Trimestral para América Latina*, núm. 24, III Trimestre de 1991, México, p. 55.

⁴ Paul Kennedy, *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, Plaza & Janés Editores, 1989, p. 539.

⁵ Marini, *op. cit.*, p. 6.

mano con la *globalización económica* —considerada por no pocos analistas como la gran tendencia de nuestra época.

Bajo este complejo panorama, ¿cuál es el futuro de América Latina, región que en la década de los ochenta ha vivido la más profunda y grave crisis económica de toda su vida independiente?, y ¿cuál es la perspectiva de las relaciones de esta área en crisis con Estados Unidos, potencia que tradicionalmente ha percibido a América Latina como su área de influencia y empieza a manifestar signos de “cansancio imperial” y el declive de su otrora indiscutible hegemonía económica?

La economía de Estados Unidos

Los países de América Latina han desarrollado en las últimas décadas un alto grado de integración económica, comercial y financiera con Estados Unidos (cuadro 1). En virtud de esta articulación, la reactivación del crecimiento regional, impactado por más de 10 años de aguda recesión y por la crisis de la deuda externa, está estrechamente vinculada al comportamiento que observe la actividad económica de ese país.

Cuadro 1
Importancia recíproca del comercio
entre Estados Unidos y América Latina

	1970	1975	1980	1985	1989
	América Latina				
Importaciones desde EU como % de sus importaciones totales	34.8	38.1	35.1	42.8	41.4
Exportaciones hacia EU como % de sus exportaciones totales	36.9	31.9	31.2	38.2	42.9
	Estados Unidos				
Importaciones desde A.L. como % de sus importaciones totales	14.6	16.5	15.1	13.6	12.2
Exportaciones hacia A.L. como % de sus exportaciones totales	15.1	15.9	17.5	14.6	13.5

Fuente: *Economía Internacional*, Programa de Estudios de Economía Internacional, Universidad Autónoma de Puebla, núm. 30, febrero-marzo de 1991, p. 13.

Pese a las expectativas que diversos sectores oficiales y privados de América Latina han desarrollado en años recientes en torno a la posibilidad de “amarrar” la recuperación económica de sus países al carro de la economía estadounidense, los problemas que actualmente enfrenta ésta y las perspectivas que encara en el corto y mediano plazo distan mucho de ofrecer un panorama alentador para tales propósitos.

Desde julio de 1990 la economía de Estados Unidos entró en un ciclo recesivo que, de manera contrastante con las dos recesiones de corta duración que experimentó a principios de 1980 y en la primavera de 1981, se ha prolongado por más de dos años —tras una breve recuperación en 1991— sin mostrar todavía indicios claros de una pronta y sostenida reactivación.

Fallaron los pronósticos que estimaban que a mediados de 1991 el ciclo recesivo cedería. Frente a la contundencia de los hechos los expertos hablan más bien de una lenta recuperación, no exenta por lo demás de una nueva contracción debido a lo que ya se considera como una tendencia a la desaceleración del crecimiento mundial en los noventa.

La recesión ha coincidido, además, con el proceso que estudiosos como Paul Kennedy y Alan Tonelson caracterizan en términos de *declinación de la hegemonía económica e industrial* de Estados Unidos, liderazgo que esta potencia ejerció de forma unívoca prácticamente a todo lo largo de la posguerra sin la necesidad de enfrentar a competidores amenazantes. Este predominio empezó a manifestar sus primeros signos de agotamiento ya avanzada la década de los setenta.

Durante los años ochenta, en el seno de la expansión económica que distinguió a las dos administraciones Reagan, se agudizó el proceso de *deterioro de la productividad* de la economía norteamericana que desde mediados del decenio anterior empezó a inquietar a algunos expertos. A partir de la segunda mitad de los ochenta, este declive se manifestó también en la *progresiva erosión de la competitividad* de no pocos productos y bienes estadounidenses en el mercado mundial.

Hasta los analistas menos críticos sobre dicho proceso han debido reconocer que la expansión auspiciada por la política económica del gobierno de Reagan descansó sobre frágiles bases. Las llamadas *reaganomic's* tuvieron como eje no la innovación

gerencial y administrativa ni la reforma en los métodos de organización del trabajo —progresivamente inoperantes frente a la eficiencia productiva de rivales como Japón. Tampoco descansaron en el reforzamiento de la inversión en investigación y desarrollo que permitiera impulsar el cambio tecnológico de la planta industrial estadounidense y contribuyera a frenar su declive productivo y su pérdida de competitividad internacional. La “revolución” económica reaganiana descansó, fundamentalmente, en un movimiento de concentración y centralización de capitales que operó a través de la compra, fusión y cierre de empresas —con sus correspondientes recortes y despidos de personal que impactaron positiva, aunque temporalmente, la productividad⁷—, así como en el *boom* de la construcción y en el acelerado aumento del gasto militar (cuadro 2), el cual representó el 28.4 por ciento del total del gasto federal en 1989 y promedió entre 1983 y 1989 un 6.2 por ciento del Producto Nacional Bruto. Estos dos últimos rubros, se reconoce hoy en día, no experimentarán en la década de los noventa el mismo comportamiento dinámico que observaron en el decenio anterior.

Cuadro 2
Estados Unidos: presupuesto federal
(millones de dólares)

Año Fiscal	% Gasto Federal en el PNB	% Gasto Defensa en Gasto Federal	% Gasto Defensa en el PNB	% Gasto no militar en Gasto Federal	% Gasto no militar en el PNB
1980	22.2	22.5	5.0	77.5	17.2
1981	22.7	23.0	5.2	77.0	17.5
1982	23.7	24.5	5.8	75.5	17.9
1983	24.3	25.4	6.2	74.6	18.2
1984	23.1	25.9	6.0	74.1	17.1
1985	24.0	25.9	6.2	74.1	17.8
1986	23.8	26.8	6.4	73.2	17.4
1987	23.0	27.0	6.2	73.0	18.0
1988	21.7	28.2	6.1	71.8	15.5
1989	21.1	28.4	6.0	71.6	15.1

Fuente: Fen Hampson, *Unguided Missiles. How America Buys its Weapons*. Nueva York, W.W. Norton & Company, 1990, Cuadro B-3, p. 317 según información del secretario de Defensa, Caspar Weinberger en *Annual Report to the Congress, Fiscal Year 1988* (Washington D.C.: U.S. Government Printing Office, January 1, 1987, p. 327.

⁷ Vid. Michael L. Dertouzos, Richard K. Lester y Robert M. Solow, *Made in America. Regaining the Productive Edge*, Cambridge, The MIT Press, 1990.

Concluida la Guerra Fría, sin el comunismo como amenaza estratégica para sus intereses de seguridad y sin el justificante del imperativo de desempeñar el papel de gendarme internacional para salvaguardar los valores del mundo occidental, el incremento del gasto militar en el presupuesto del gobierno de Estados Unidos tiene muy limitadas posibilidades de ser apoyado en el Congreso y respaldado por una opinión pública más preocupada en los últimos tiempos por los problemas domésticos —como la desaceleración económica, el empleo o la inflación— que por asuntos internacionales como la guerra civil en Yugoslavia.

Si en el pasado reciente el aumento del gasto militar operó como un factor que directa o indirectamente dinamizó el crecimiento y la expansión de múltiples industrias, los recortes presupuestales llevados a cabo en los últimos tiempos han provocado el cierre y/o la recesión de numerosas empresas que se expandieron bajo el paraguas de una economía centrada en la industria bélica.

La volátil expansión económica de los ochenta tuvo, asimismo, un alto costo “en términos de los desequilibrios acumulados en las cuentas fiscales y las cuentas externas del país”.⁸ La decisión de la administración Reagan de aumentar en gran escala los gastos en Defensa y de llevar a cabo considerables disminuciones en los impuestos sin reducir significativamente el gasto federal condujo a un incremento extraordinario del déficit presupuestal. De otra parte, el dinámico crecimiento de las importaciones observado desde 1983 —mismo que se desarrolló a la par de una moderada evolución de las exportaciones— generó una desmesurada elevación del déficit comercial (cuadro 3).

Factores como la falta de inversión productiva y de ahorro interno y el deterioro en la calidad de la educación han contribuido, igualmente, al rezago de la economía estadounidense.

En los últimos años, la inversión se dirigió de manera preferente a la industria bélica, a la industria de la construcción y a la adquisición de equipos de informática y cómputo. Los niveles de ahorro interno, por su parte, además de insuficientes han ido a la baja y el sistema educativo ha experimentado una sensible disminución en sus índices de calidad que

⁸ León Bendesky, “Recesión en Estados Unidos”, en *La Jornada*, México, D.F., 30 de noviembre de 1990.

Cuadro 3
Deuda y déficit presupuestal y comercial
en Estados Unidos: 1980-1991
 (miles de millones de dólares)

Año	Déficit presupuestal*	Déficit comercial*	Deuda**
1980	73.8	25.5	
1981	78.9	28.0	
1982	127.9	36.4	
1983	207.8	67.1	
1984	185.3	112.5	
1985	122.1	212.3	
1986	221.2	145.1	
1987	149.7	159.5	
1988	155.2	127.0	
1989	152.0	114.9	
1990	220.0	101.1	272.0
1991	271.0	85.1*	381.8

Fuente: * Periódico *El Norte*, 4 de diciembre de 1991, basado en datos del FMI.

** *Economía Internacional*, Programa de Estudios de Economía Internacional, Universidad Autónoma de Puebla, México, núm. 32, junio-julio de 1991, p. 11.

ha obligado a no pocos estudiosos a preguntarse si está en condiciones de capacitar a una fuerza laboral que debe competir con la eficiencia y productividad de los trabajadores europeos o japoneses.

En la base del deterioro de la productividad estadounidense se localiza una racionalidad que, aunque expresada en políticas específicas bajo cada administración, fomentó en los últimos tiempos el desarrollo de una economía centrada en la producción bélica. Esta orientación priorizó, además, las ganancias rápidas y el consumo por encima de la planificación económica y la inversión en ramas productivas que garantizaran en el corto y largo plazo el bienestar de la población y la expansión de una economía sana.

El predominio de una lógica que ha erigido a las fuerzas del mercado en el sujeto por excelencia del proceso económico condujo, igualmente, a la adopción de criterios tales como el de que no importa *qué* se produce sino *cuánto* se produce.⁹

⁹ "Microchips o papas fritas, ¿cuál es la diferencia? En los hechos significan lo mismo. Cien dólares de papas fritas (*potato chips*) y cien

Quizás en este último punto radica, hoy en día, uno de los principales retos de la economía estadounidense frente a adversarios poderosos como Japón o Alemania, cuyas economías experimentan acelerados incrementos en su productividad y sus manufacturas han adquirido una extraordinaria competitividad en los mercados internacionales gracias a los altos grados de eficiencia de sus procesos productivos y a sus dinámicos avances tecnológicos.

En las dos últimas décadas, los ahora principales rivales económicos y comerciales de Estados Unidos han puesto término al liderazgo productivo y competitivo que esta nación mantuvo en diferentes momentos de la posguerra en ramas como la industria textil, la electrónica, la automotriz, siderúrgica o los semiconductores.¹⁰

De manera contrastante con las concepciones económicas que tradicionalmente han dominado entre la clase política y sectores empresariales estadounidenses, en Japón, por ejemplo, prevalece la lógica de que el carácter y la estructura de la economía no pueden dejarse en manos del azar. Hay la certeza de que ciertos sectores productivos tienen más importancia que otros para el bienestar económico y se considera que el tipo de bienes que una nación produce reviste una importancia estratégica para su futuro.¹¹

Lawrence Chimerine, miembro del Instituto de Estrategia Económica de Estados Unidos, estima que los problemas de competitividad que actualmente encara la economía norteamericana pueden agudizarse frente a la perspectiva que abren tanto las florecientes economías del Pacífico como el escenario europeo.¹²

Respecto a los países de la Cuenca del Pacífico,¹³ hay que considerar no sólo el auge de las inversiones japonesas y los acelerados avances que el gene-

dólares de micro-chips (*computer chips*) son ambos cien dólares": Richard Dorman, Director de la Oficina de Dirección y Presupuesto del gobierno de Estados Unidos. Citado en la "Introducción" del libro editado por Clyde V. Prestowitz, Jr., Ronald A. Morse y Alan Tonelson, *Powernomics. Economics and Strategy After the Cold War*, Economic Strategy Institute-Madison Books, Maryland, USA, 1991, p. XII.

¹⁰ *Vid. Made in America, op. cit.*, pp. 2-22.

¹¹ *Ibid.*, p. XVII.

¹² Lawrence Chimerine, "¿What 'Supply-Side Miracle'?", en *Powernomics, op. cit.*, pp. 11-25.

¹³ La Cuenca del Pacífico es una región que agrupa a 47 países, engloba al 40 por ciento de la población del orbe y genera el 50 por ciento del PIB mundial y el 46 por ciento de los flujos internacionales de comercio. *Vid. Economía Internacional, op. cit.*, núm. 31, abril-mayo de 1991, p. 16.

roso gasto en inversión y desarrollo desplegado por ese país en los últimos años¹⁴ ha inducido en la producción y la productividad de la industria nipona, sino también la emergencia de nuevos competidores en el área durante los últimos quince años, entre los cuales destacan los llamados "Tigres asiáticos": Taiwán, Singapur, Hong Kong y Corea. Los analistas estiman que los años noventa atestiguarán intensos incrementos en la productividad de las economías de la Cuenca, así como la oferta de nuevos productos provenientes de la zona.

Con relación a Europa, si bien es verdad que el colapso de las economías planificadas del Este y el desmembramiento de la Unión Soviética abren un incierto panorama ante la emergencia de conflictos étnicos y nacionales y frente a la compleja transición de esos países hacia la economía de mercado, también es un hecho que la unificación económica programada (para finales de 1992) acarreará beneficios a los países que se incorporen a la Comunidad Económica Europea (CEE). El levantamiento de regulaciones que entorpecen el comercio comunitario y la creación de economías de escala en muchas industrias, sumado a una generosa oferta de mano de obra barata y calificada procedente de Europa del Este pueden operar, entre otros, como factores que aseguren una mejor competitividad de los productos de la (CEE) en los mercados internacionales.

Sin duda, para los países europeos el principal reto consistirá en desarrollar una política que evite que los dinámicos cambios que operan en el área —reunificación alemana, división de Checoslovaquia, guerra civil en Yugoslavia, disgregación de la URSS, emergencia de masivos flujos migratorios de oriente hacia occidente o irrupción de tendencias racistas y xenófobas en sectores de la población de países como Alemania, entre otros— impacten negativamente la actividad económica comunitaria.

El perfil económico y social de América Latina

Los años ochenta significaron para las naciones de América Latina un decenio de estrepitosa caída del

¹⁴ Japón invirtió en 1990 el 2 por ciento de su Producto Nacional Bruto en los rubros de investigación y desarrollo, estimándose que para 1990 este porcentaje se elevaría al 3.5 por ciento. En contraste, Estados Unidos ha estabilizado sus gastos en estos rubros en aproximadamente 2.7 por ciento. *Vid.* Paul Kennedy, *op. cit.*, p. 566.

crecimiento económico y de graves desajustes estructurales. La crisis de la deuda externa que estalló en 1982 fue de la mano con la contracción de la actividad económica y con el despliegue del fenómeno de la inflación, el cual desembocó en muchos países en procesos hiperinflacionarios.¹⁵ Debido a esta situación, el promedio de incremento de los precios al consumidor en la región llegó a alcanzar tasas de 1 611.0 por ciento en 1989 y de 1 491.5 por ciento en 1990.

La desaceleración determinó, por otra parte, que la actividad económica del área experimentara en años como 1983 o 1990 tasas negativas de crecimiento (-2.7 y -0.5 respectivamente). En promedio, "la tasa de crecimiento de largo plazo —entre 1980 y 1990— se redujo apenas el 1.2 por ciento, y el producto por habitante continuó su caída, ubicándose en un nivel 10 por ciento inferior al de una década atrás".¹⁶

Continuó, asimismo, el deterioro de los términos de intercambio de la región al persistir la declinación de los precios internacionales de sus principales productos de exportación, al tiempo que se agravó el problema de la deuda externa, la que en el lapso de nueve años se incrementó de 285 mil 403 millones de dólares en 1981 a 422 mil 645 millones de dólares en 1990.

Aunado a lo anterior, en el periodo 1982-1990 los países del área se convirtieron en exportadores de capitales. En ese periodo, la transferencia de recursos financieros al exterior sumó 235 mil millones de dólares por concepto de pagos netos de utilidades e intereses de la deuda.

A grandes rasgos, el decenio pasado significó para la región su exclusión del dinamismo del sistema capitalista mundial. Una posición marginal en el sistema económico internacional y el incremento de la pobreza en las sociedades latinoamericanas son algunos de los saldos de la llamada "década perdida". Como consecuencia de ello, por ejemplo, el porcentaje de pobres e indigentes aumentó en sólo nueve años del 56 por ciento de la población total en 1980 al 65 por ciento en 1989 (cuadro 4).

¹⁵ En su informe económico preliminar de 1990, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe asienta que "El aumento acumulado de precios al consumidor de doce meses alcanzó un máximo de 20 000 por ciento en Argentina (marzo), 6 000 por ciento en Brasil (abril), 8 500 por ciento en Nicaragua (octubre) y de 12 400 por ciento en Perú (agosto)". CEPAL, *Balance Preliminar de la Economía de América Latina y el Caribe 1990*, 19 de diciembre de 1990, p. 7.

¹⁶ *Ibid.*, p. 1.

Cuadro 4
Pobreza en América Latina

	1	2	3	4	5
	Población Total	Pobres (millones)	(1/2)	Indigentes (millones)	(4/1)
1980	331.5	135.9	41%	49.7	15%
1986	395.8	170.2	43%	67.3	17%
1989	416.4	183.2	44%	87.7	21%

Fuente: CEPAL, Magnitud de la pobreza en América Latina en los años ochenta, citado en *Economía Internacional*, op. cit., núm. 31, abril-mayo de 1991, p. 14.

La actual crisis latinoamericana da cuenta del agotamiento del modelo de industrialización sustitutiva de importaciones que se desplegó en las últimas cinco décadas y modificó el perfil económico y social del área.

La crisis se ha complejizado, además, porque ha coincidido con las transformaciones estructurales en curso en la economía mundial y en las relaciones comerciales internacionales.

Los países de América Latina y el Caribe enfrentan no sólo el desafío de remontar el estancamiento económico y recuperar el crecimiento abatiendo las presiones inflacionarias, disminuyendo sus elevados déficits fiscales y haciendo menos oneroso el servicio de su deuda. También deben redefinir el papel del Estado en la actividad económica y social y reestructurar sus economías para reformarlas y lograr reinsertarse competitivamente en un mercado mundial en profunda transformación.

A este reto es preciso agregar la justificada inquietud que la inestabilidad, las desigualdades y las carencias económicas despiertan en torno al futuro de los recién instaurados regímenes democráticos en la región. En países como Venezuela y Nicaragua, pero también de manera esporádica en Brasil, la estabilización y consolidación de la democracia se han visto severamente amenazadas en los últimos años por estallidos de descontento popular contra la situación económica imperante que han generado situaciones de ingobernabilidad. El desafío que encaran esos países es evitar que esa ingobernabilidad, hasta ahora expresada en circunstancias coyunturales, se convierta en un fenómeno endémico.

Hoy por hoy, hasta organismos internacionales

como el Banco Mundial han debido reconocer la importancia de la democracia en las naciones en vías de desarrollo. En la década pasada, el Banco Mundial "encuadró" sus programas hacia los países en desarrollo en el fomento y difusión de programas de reforma económica de orientación neoliberal, expresando dudas hacia aquellas posiciones que pretendieron establecer vinculaciones entre dichas medidas y consideraciones específicamente políticas. Vinod Thomas, quien dirigiera al equipo de redactores del *Informe sobre el Desarrollo Mundial (1991)*¹⁷ del Banco Mundial, afirma que los países que carecen de democracia

se ven envueltos en un círculo vicioso de fragilidad política en el cual no hay consensos y se da un pobre desempeño económico (debido a que no se asume ningún tipo de responsabilidad), situación que determina que persista la debilidad política. Todo ello involucra —precisa Thomas— problemas de corrupción y de gasto militar.¹⁸

Reflexión sobre las relaciones entre Estados Unidos y América Latina en los noventa

Las percepciones dominantes sobre América Latina y el Caribe en la política exterior de Estados Unidos han experimentado constantes cambios, particularmente en las últimas décadas. Si hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial el interés de Washington por la región fue reducido y mantuvo un bajo perfil —destacándose sobre todo ciertos casos nacionales como Puerto Rico, Cuba, República Dominicana, Panamá (en 1903) y Nicaragua (en 1927-1933), localizados todos ellos en la estratégica Cuenca del Caribe, al término de la conflagración bélica y a lo largo de la posguerra el área adquirió relevancia para la política y la diplomacia hemisféricas de la Casa Blanca.

No podría comprenderse esta importancia sin ubicar a la zona en el complejo escenario de la compe-

¹⁷ World Bank, *World Development Report 1991. The Challenge of Development*, Washington, Oxford University Press, 1991, *Vid*, capítulo 7: "Rethinking the State", pp. 128-147.

¹⁸ Amy Kaslow, "World Bank Report Stresses Democracy", en *World Politics 92/93*, Helen E. Purkitt editor, Connecticut, The Dushking Publishing Group, 1992, p. 187.

tencia global que confrontó a Estados Unidos y la Unión Soviética a lo largo de la Guerra Fría. En el marco de este enfrentamiento, tanto América Latina como el Caribe fueron valorados por la lógica estratégica de la superpotencia occidental como su zona de influencia, transformándose con el tiempo en un ámbito destacado para la defensa de su seguridad frente a lo que se consideró habitualmente como acechanzas soviéticas en el hemisferio.

El fin de la Guerra Fría pone término al peligro —real o ficticio— de la expansión del comunismo en el hemisferio, amenaza que por espacio de 45 años justificó la defensa de los intereses de seguridad de Estados Unidos en la región y al calor de la cual esta nación desplegó un trato hacia sus vecinos del sur no pocas veces signado por el intervencionismo político y militar. Hoy en día, al igual que el resto del mundo, América Latina ha ingresado a la era de la posguerra fría y estos cambios deberán reflejarse en la esfera de sus relaciones con la gran potencia continental.

A raíz de los cambios operados en el escenario internacional y debido a las nuevas exigencias que plantea su compleja realidad económica doméstica, los contenidos de la política y de la agenda de seguridad de Estados Unidos en el área son objeto, hoy en día, de modificaciones y redefiniciones.

Resuelta en su dimensión militar la crisis que se desplegó en Centroamérica en la década de los ochenta y en la cual la política de la Casa Blanca estuvo todavía signada por la racionalidad de la Guerra Fría —confrontación Este-Oeste y lucha contra el comunismo— nuevos problemas y temas de seguridad cobran importancia en la agenda hemisférica de ese país.

Durante la crisis panameña (1987-1989) y en la intervención militar llevada a cabo en esa nación en diciembre de 1989, la Casa Blanca articuló por primera vez en décadas un discurso de seguridad centrado no en el combate al comunismo sino en la defensa de la democracia y la lucha contra el narcotráfico.

Todo parece indicar que tras el conflicto centroamericano y la invasión a Panamá y luego del fin de la Guerra Fría, la seguridad de Estados Unidos en el área remonta la estrecha concepción del combate al comunismo para diversificarse en temas generales, de alcances regionales, y problemas particulares, con una proyección sobre todo subregional. Entre los pri-

meros se destacan los *temas económicos y sociales*, referidos fundamentalmente al desarrollo, la integración comercial y los problemas económicos y sociales derivados de la voluminosa deuda externa. Se distinguen también los *temas políticos* —vinculados tanto a la promoción, defensa y consolidación de los procesos democráticos como al logro de la estabilidad política—, así como las *cuestiones estratégicas*, que en los tiempos actuales se articulan inexorablemente al problema del narcotráfico. Del conjunto de temas de seguridad más específicos sobresale el fenómeno de los masivos flujos migratorios que operan de sur a norte del hemisferio y tienen una especial zona de riesgo en América Central y el Caribe.

Aunque originalmente en Centroamérica estas migraciones tuvieron como base el estallido de la crisis político-militar de los años ochenta, que provocó el desplazamiento intra y extrarregional de casi dos millones de personas en esa década, hoy en día la persistencia de la crisis económica en la región y en el Caribe insular sigue operando como un factor que estimula la migración.

Ante la obsolescencia de una política que en las últimas cinco décadas se gestó y desarrolló al calor de la Guerra Fría, la relación de Estados Unidos hacia América Latina se mueve en la actualidad en una línea que no desemboca todavía en una nueva definición política firme y consolidada. Ello no quiere decir que se haya perdido la certeza respecto de lo que han sido, son y seguirán siendo los intereses estratégicos y de largo plazo de esa nación en el área, la cual continúa siendo percibida como su zona natural de influencia.

En la actualidad, Estados Unidos revalora su relación con América Latina con base en dos consideraciones fundamentales:

1. La región se torna estratégicamente importante como área de influencia económica estadounidense en la feroz competencia comercial que esa nación enfrenta con los países de la Cuenca del Pacífico y de la Comunidad Económica Europea en el marco de los movimientos de regionalización de la economía internacional. Sólo desde esta perspectiva se explica la propuesta formulada por el presidente George Bush a los países de América Latina en julio de 1990, dirigida a establecer una zona hemisférica de libre comercio y cuyos contenidos básicos están planteados en la *Iniciativa para las Américas*.

2. América Latina se convierte en una zona de

vulnerabilidad para la seguridad de Estados Unidos debido al agravamiento del problema del narcotráfico y al incremento de los flujos migratorios de origen económico procedentes del sur del hemisferio y ante la fragilidad de sus transiciones y procesos democráticos, enfrentados constantemente al dilema de la ingobernabilidad que encuentra en las empobrecidas estructuras económicas y sociales del área un permanente caldo de cultivo.

Ante el panorama internacional planteado en este trabajo y frente a su relación con Estados Unidos, América Latina encara hoy en día múltiples y complejos retos, entre los cuales destacan:

1. Compatibilizar el desafío de la globalización económica —en tanto tendencia histórica que se impone a todas las economías del orbe— con la opción de una deseable integración comercial regional que favorezca la previa articulación de economías con niveles de desarrollo relativamente equiparables que les permita protegerse de integraciones desiguales y asimétricas.

2. Atender el desafío de la necesaria reestructura-

ción de las economías del área que exige el nuevo paradigma tecnológico para que los países latinoamericanos logren reinsertarse en el mercado mundial desde bases competitivas.

3. Resolver el dilema de recuperar el crecimiento económico garantizando simultáneamente el desarrollo y la justicia social en un continente cuyas mayorías han sufrido un proceso de grave marginación y exclusión socioeconómica en la última década.

4. Incorporarse al gran movimiento globalizador de nuestra época examinando la necesidad de reevaluar la noción histórico-política de soberanía, tanto en relación a su poderoso vecino del norte, Estados Unidos, como en su apertura hacia el comercio y la economía mundiales.

América Latina, puede afirmarse, vive una encrucijada histórica. En las manos de pueblos y gobiernos que en esta última década del siglo XX viven y actúan en la región está la definición del tipo de vida que queremos ofrecer a las generaciones que vivirán en este continente —es decir, a nuestros hijos— en el siglo que se avecina.